

La hora de la socialdemocracia

JORDI SEVILLA

EL MUNDO, MERCADOS, 25.04.10

Mientras estamos preocupados por Grecia y su posible efecto contagio, Madoff está en la cárcel, Goldman Sachs acusada de fraude, Lehman quebrada, Citigroup nacionalizado y otros, devolviendo las ingentes ayudas públicas que les permitieron mantenerse de pie tras el hundimiento.

Si hay millones de parados, pérdidas cuantiosas de riqueza, fuerte incremento de la deuda pública y unas perspectivas inmediatas de reactivación que el FMI sitúa entre escasas e irrelevantes, no es porque haya fallado lo público, la regulación de los mercados y el Estado del Bienestar, sino más bien porque se había impuesto una alternativa que combinaba una economía de casino, un capitalismo desvergonzado, junto a fraudes y abusos sistemáticos, recubiertos de principios liberales (*fuera las manos estatales, que la mano invisible del mercado lo arreglará todo*).

No son los principios de gestión del capitalismo actual, encerrados en el llamado consenso socialdemócrata, los que han provocado esta crisis. Como tampoco ha venido de la mano del intento de autorregular una alternativa entorno a propuestas como la Responsabilidad Social Corporativa, los Códigos de conducta empresarial, normas de buen gobierno en las empresas, etcétera, que Aldo Olcese ha resumido bajo la expresión de «capitalismo humanista».

El hecho de que ambas opciones la socialdemocracia y el liberalismo humanista, hayan perdido una batalla frente a la «codicia, engaño y

fraude» de gente sin escrúpulos que han montado un sistema de incentivos perversos, manejando con desparpajo principios supuestamente liberales que vulneraban cuando les convenía, no significa que no tuviéramos razón. Es más, la experiencia de la crisis debería avalar la vigencia de un discurso que recupera la sensatez del equilibrio entre Estado y mercado junto a la exigencia de principios de gestión privada que resalten que una empresa es algo más que un conjunto de accionistas unidos por la maximización de beneficios a corto plazo: sin Estado no hay mercado; sin competencia no hay eficiencia.

De eso iba, según entendimos todos, la necesaria refundación del capitalismo que propuso Sarkozy. Pues bien, año y medio después de la quiebra de Lehman Brothers, y más de dos desde el estallido de las *subprime*, la agenda reformista está atascada. Al menos, en Europa, como hemos visto esta semana en la reunión del Ecofin en Madrid.

Ni supresión de los paraísos fiscales, ni cambios sustanciales en la regulación que impidan las prácticas arriesgadas que nos han traído aquí (están volviendo a ganar dinero con ellas), ni tasas preventivas a las entidades financieras, ni recuperación ética de los valores de una empresa socialmente responsable. Más bien, lo contrario. Vivimos la reconstrucción de las peores prácticas pasadas, entre ataque al Estado, el déficit y a la deuda pública, a los políticos, a los valores de la ética en la gestión económica de las empresas, relajación en las normas, por ejemplo, de control de emisiones de CO₂.

En España, la crisis estalla en un momento en que la deuda del sector privado, según el servicio de estudios del despacho Solchaga&Recio, alcanzó el 170% del PIB. Mientras, el sector público tenía superávit y una

deuda pública por debajo del 60%. Todavía hoy, y a pesar del fuerte incremento en la tasa de ahorro de unos y de déficit de otro, las familias españolas (sin empresas) deben más dinero que el Estado. Cuando, además, el incremento del endeudamiento público se ha debido en su casi totalidad a los efectos de la crisis económica (reducción de ingresos, incremento de gastos) plantear el debate como si nuestro problema principal como país fuera el Estado por su mala gestión, me parece algo más que errar el tiro.

Necesitaremos también valores y principios para salir de la crisis. Para orientar el crecimiento. Para demostrar que algo hemos aprendido de los fallos del modelo anterior. Para consolidar mayorías sociales en torno a una narración que explique los sacrificios necesarios, a partir de un reparto equitativo de los mismos, donde pague más quien más ha contribuido a generar esta crisis que no ha sido motivada por demasiado Estado sino por demasiada desregulación no controlada.

Y esos valores éticos los tenemos que encontrar en una socialdemocracia templada dispuesta a transar con los defensores de un capitalismo humanista. Una socialdemocracia dispuesta a seguir defendiendo sus principios pero a modificar sus instrumentos para adecuarlos con la nueva realidad. Convencida de que la única alternativa justa a los recortes salvajes del gasto público y de los derechos sociales es el reformismo activo e inteligente. Sabedora de que el Estado de Bienestar del siglo XXI no podrá ser una prolongación matizada del que se construyó a mediados del siglo pasado.

Demasiadas cosas han cambiado. Incluyendo algunas tan positivas como el envejecimiento de la población o la inmigración masiva y otras

irreversibles como la globalización, el cambio en la cadena de valor añadido que afecta a la manera de producir o los efectos del cambio climático, que alteran la manera de vivir y entender nuestra relación con la naturaleza. El inmovilismo no es una opción entre el recorte o las reformas.

Todo ello, sin olvidar el núcleo duro que justificó el surgimiento del discurso socialdemócrata: intervenir con instrumentos públicos para incrementar las opciones de libertad real para todos, garantizando una igualdad de oportunidades que no desincentive el esfuerzo individual pero que tampoco deje a nadie que lo necesite sin ayuda. Y todo ello, financiado por todos de acuerdo a criterios de equidad como el que señala nuestra Constitución: contribuye más el que más tiene.

Ante el fracaso del liberalismo salvaje, ése es el discurso de principios que nos permitirá salir mejor y más pronto de la recesión. La sociedad actual ya no vive de declaraciones enfáticas en mítines que se olvidan luego en las reuniones de ministros europeos. Hay que *pasar al acto* mediante hechos reformistas que transformen la realidad real: en el mercado laboral, en el sistema de pensiones, en la atención sanitaria, los paraísos fiscales, los impuestos o las reducciones de emisiones.

¿Está la socialdemocracia europea preparada para ello? Tengo dudas, mezcladas con esperanza. En todo caso, siempre nos quedará Obama.